

Asistía á la mesa un respetable eclesiástico como de sesenta años, hombre de muchas luces, muy tímido y de un genio cortés, afable y jovial.

A éste fué á quien el coronel dirigió la palabra, y el dicho eclesiástico le contestó en estos términos:

—Ciertamente, señor coronel, que las opiniones de usted me parecen tan antiguas como seguras. Son de aquellas que por sabidas se callan; pero se callan tanto, que infinitos las ignoran ó afectan ignorarlas, especialmente por lo que toca á hablar mal de las mujeres sin ton ni son, y mil veces después que los hombres han sido las causas originales de sus vicios.

Ordinariamente á cualquier hombre le gusta una mujer bien ataviada, ó como dicen, *bien puesta*, cuando la pretende; pero así que la posee como suya, no la quisiera tan modista por lo que le importa. Entonces es el hablar contra el lujo y vanidad de las mujeres.

¿Mas para qué hemos de corroborar con ejemplares una verdad tan común y visible? Cuando los hombres se desvelan por agradar á una mujer, sus defectos les parecen gracias; pero así que la consiguen, se cansan de ella y aun califican de vicios sus virtudes. Entonces, quiero decir cuando no dirigió la pretensión un fin honesto, sino un capricho ó un apetito puramente animal, entonces se disminuye á los ojos de tales hombres la hermosura de la mujer y se le notan defectos en que

antes no se había reparado. Pero ¿qué mucho, si en tal caso, como dije, las mismas virtudes parecen vicios? Cuando llega esta época fatal, su recogimiento se apellida hipocondría; su economía, mezquindad; su prudencia, zoncería; su cariño, falsedad; su fidelidad, falta de mérito; su alegría, locura; sus atenciones, liviandades; su devoción, hipocresía; sus generosidades, desperdicios; y, en una palabra, en tan deplorable situación, cuanto hacen por agradar, enfada. ¡Pobres mujeres! nada les es más común que verse sujetas á tolerar los caprichos é imprudencias de un hombre sin talento y sin amor.

Cuando oigo declamar á la mayor parte de los hombres contra la facilidad de amar de las mujeres y los veo tan constantes en seducirlas, me acuerdo de unos versos que sobre esto escribió con tanto acierto nuestra paisana sor Juana Inés de la Cruz, monja del convento de San Jerónimo de esta capital, en los que hace ver que los hombres, casi siempre, tienen la culpa de la liviandad de que acusan á las mujeres, según ha dicho el señor coronel; porque efectivamente, los hombres quisieran á las mujeres de mantequilla para sí y de pedernal para los demás, y aun algo peor. Luego que han logrado seducirlas con los artificios más vivos y con los más astutos fingimientos, se fastidian de ellas (como se fastidia cualquier miserable mortal de todo aquello que consigue temporal y perecedero), y entonces llaman



liviandades y coqueterías lo que antes sacrificios y favores.

Tal es la suerte de las pobres mujeres entre los hombres necios y malvados. Toda mujer, y especialmente toda hija de familia, aun antes de llegar á la pubertad, debería estar impuesta de estas verdades, para no fiarse de los hombres y precaverse en cualquier estado de sus torcidas calificaciones y desprecios.

Toda niña debería crecer en la firme creencia de estos cuatro principios:

1.º Que en esta triste vida todo cansa, todo fastidia, si no es la posesión de Dios por la gracia.

2.º Que los hombres cuando más finos y rendidos dicen que adoran, que aman é idolatran á las mujeres, entonces es cuando ellos se aman más á sí mismos, y á lo que aspiran es á sus intereses particulares, de manera que no aprecian sino á las mujeres, en quienes ven ó se presumen que hay alguna cosa que lisonjea su gusto.

3.º Que según estos principios, es muy fácil que la mujer desagrada al hombre luego que éste la considere como suya, lo que se verifica más pronto y casi siempre cuando la solicitud se ha entablado con medios inhonestos ó con miras ilícitas. El antiguo poeta español Quevedo, dice: *Si quieres aborrecer á tu amiga, cástate con ella*; y dice bien, porque en clase de dama tiene la mujer la libertad de ser ó no ser de aquel hombre, y

éste muchas veces se modera en maltratarla, temiendo perderla en virtud de aquella misma libertad; pero casándose, no tiene temor que lo refrene, y entonces la mujer sufre todo el yugo del despotismo.

4.º y último. Es prudencia, conforme á lo dicho, que las mujeres desconfíen de sus más constantes adoradores; que antes de decidirse, examinen bien el corazón de aquel á quien tienen inclinación, y cuando se miren *suyas* traten de complacerlo cuanto puedan, para que la posesión no vuelva en desagrado las anteriores finezas y se conviertan los esclavos en tiranos.

Calló el cura, y el Licenciado, guiñándole el ojo, le dijo: — No va mal, señor cura: uno deja la apología de las mujeres y el otro la toma. No hay qué hacer: con cinco pares de abogados como ustedes que ellas tuvieran ¡infelices de los hombres! ya no podríamos averiguárnoslas con sus mercedes. Si sin eso son tan endiantradas, ¿qué fuera si á cada paso encontraran quién les alzara por dos cartitas? ¡Oh! entonces quisieran ensillarnos.

—Cállese usted, señor Narices, ó señor tronera, dijo Eufrosina. Mi hermano y el señor cura han dicho el Evangelio: son ustedes muy falsos, muy maliciosos, muy mal agradecidos, muy habladores y muy todo. Primero enredan á una pobre mujer, y luego la dejan en la *pelaza* y hablan de ella.

¡Quién los ve cuando están enamorando á una



pobre muchacha! ¡qué finos son! ¡qué atentos, qué rendidos! ¡qué de promesas hacen! ¡qué lágrimas derraman! ¡con qué juramentos no aseguran que serán firmes hasta la muerte! Todo cuanto hacen y dicen parece la mera verdad. Son más dulces y derretidos que caramelos en boca de muchacho. ¡Vaya! ¡si mienten con tanta viveza, que aun ellos mismos lo creen! Pero ¡infelices de las tontas que tienen la desgracia de rendirse! porque apenas lo hacen, cuando saben ustedes dar la vuelta y dejarlas, y á algunas ¡quién sabe cómo! y esto es á buen componer, si no es que después de abandonarlas hablan de ellas las tres mil leyes, cuentan cuanto ha pasado á sus amigos, dicen que fulana es una loca, una fea, una zonza y una coquetilla común, riéndose todos alegremente á costa de la desgraciada mujer, y mordiendo su honor públicamente en los paseos, tertulias y billares. ¡Bien haya la que no se fía de ustedes, como dice el señor cura! pues entre los hombres, apenas habrá bueno uno entre ciento, y creo que me extiende mucho.

— Con iguales expresiones acaba sus versos la monjita que cité, dijo el cura. — Y Eufrosina le suplicó los repitiera, á lo que contestó: — Con mucho gusto lo haré, señorita; pero pues ya hemos concluído, y están alzando los manteles, daremos gracias á Dios de que nos ha dado de comer sin merecerlo.

— Señor cura, dijo don Dionisio, usted está en su casa y hará lo que quisiere; pero ya días há que prescribió esta costumbre. Tal vegestoria sólo se queda para la gente ordinaria, ó cuando mucho para los frailes y muchachos colegiales que comen en rectorio; pero en las casas decentes no se estila semejante ceremonia.

— Pues yo conozco algunas casas decentes, dijo el cura, donde todavía está de moda dar gracias á Dios cuando se acaba de comer; y ciertamente me hace fuerza porqué no resucitará esta costumbre cristiana, cuando todos los días resucitan otras, acaso gentiles, que ya estaban hechas polvo en el olvido, y me hace más fuerza cuando considero lo liberales y francos que somos para dar gracias. Por el mínimo favor damos *muchas gracias*; pero ¿qué más, si hasta por las mentiras declaradas, que llaman cumplimientos, las damos á montones?

Nos ofrece alguno su casa ó su empleo, aunque sea de boca, le damos *muchas gracias*; dicen que nos desean un bienestar ó el alivio de nuestras enfermedades, y pagamos el que nos lo digan con *muchas gracias*; nos dan expresiones para algún deudo, y volvemos nosotros *muchas gracias*; nos convidan á alguna parte adonde no queremos ó no podemos asistir, y nos excusamos con *muchas gracias*; nos ofertan alguna cosa que perjudica nuestra bolsa, y lo rehusamos con *muchas gracias* al



oferente. En fin, ya dije, somos liberalísimos para dar gracias por cuanto hay, y no como quiera, sino *muchas, á miles, infinitas.*

Sólo para con el Autor de la naturaleza somos en esta materia demasiado económicos, ¡qué digo! somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo, que cría los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos y nos conserva la salud y apetito para gustarlos. ¿Si tendrá Dios alguna obligación de darnos algo? ¿ó si nosotros tendremos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? porque sólo así pareceremos menos culpables ante sus ojos, aunque no le manifestemos nuestra gratitud ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada esto de dar gracias á Dios después de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas, especialmente cuando se hallan en mesas de función, que llaman de cumplimiento, porque los demás no lo hacen y les da vergüenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mí, digo, que más quiero pasar entre los muchos por incivil, rústico ó payo, que no entre los sensatos por hugonote ó irreligioso cuando menos, y así procuro dar buen ejemplo por mi parte. De algo

me ha de servir tener sesenta años de edad y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

Diciendo esto el cura, y sin esperar respuesta, porque no la tenía lo que acababa de decir, comenzó á rezar la oración del Señor, dió gracias, y todos lo acompañaron dócilmente, diciendo yo entre mí:

—Si en todas las mesas donde asisten sacerdotes hubiera alguno tan celoso como este cura, que se encarga de dar gracias á Dios y á los seculares buen ejemplo, pronto veríamos restablecida esta loable costumbre de nuestros padres.

Luego que pasó esta acción religiosa, repitió Eufrosina al cura el encargo que le hizo de que dijera los versos, y el buen eclesiástico cumplió su palabra como se verá en el capítulo que sigue.

